Victoria Kielland

Mis hombres

Traducción del noruego de Lotte Katrine Tollefsen



Galaxia Gutenberg

Serie dirigida

por Edurne Portela

Títulos publicados:

El rey en la sombra, Maaza Mengiste
Luces de invierno, Irati Elorrieta
Una nueva tierra salvaje, Diane Cook
Sin tocar el suelo, Jokin Muñoz
Nosotros no ahorcamos a nadie, Unai Elorriaga
Frutos salvajes, Sheng Keyi
Parentesco animal, Noelia Adánez
Termita, Garazi Albizua

VICTORIA KIELLAND

Mis hombres

Prólogo de
Edurne Portela

Traducción de
Lotte Katrine Tollefsen

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Libreros).

NORLA
Norwegian
Literature Abroad

Esta traducción ha recibido una ayuda de NORLA

Título de la edición original: *Mine Menn*
Traducción del noruego: Lotte Katrine Tollefsen

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2024

© Victoria Kielland, No Comprendo Press, 2021
Publicado según acuerdo con Winje Agency y Casanovas & Lynch Literary Agency
© de la traducción: Lotte Katrine Tollefsen, 2024
© del prólogo: Edurne Portela
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 12224-2024
ISBN: 978-84-10107-88-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

El amor tiende a llegar cada vez más lejos. Pero tiene un límite. Cuando ese límite se sobrepasa, el amor se vuelve odio. Para evitar esa transformación, el amor debe ser otro.

Simone Weil,
El poder de las palabras.
Ensayo «Amor»

Vivía para sostenerte,
pero ¿quién me levantaba a mí?
Tú estabas entre las nubes
y yo me quedaba abandonada sobre la tierra.

Molly Sandén,
«Utan dig»

Para mi muy querido E

BEBÉ

Diario *El Escandinavo*, Chicago, 1904-1908

Oferta de matrimonio: Agricultor, 26 años, Dakota del Norte, desea, debido a la falta de amistades femeninas, mantener correspondencia con una soltera o viuda escandinava. No importa situación económica. Abstenerse bromistas. Escribir adjuntando fotografía.

Oferta de matrimonio: Soltero, 30 años, buena presencia, buena posición económica, residente en ciudad, desea mantener correspondencia con una soltera menor de 30 años que sepa apreciar un hogar bonito. Incluir fotografía en la primera carta.

Oferta de matrimonio: Viudo, 45 años, desea conocer a una soltera o viuda sin hijos de entre 25 y 40 años, de ascendencia noruega. Se presentan y exigen buenas referencias. Puedo ofrecer un buen hogar, sin preocupaciones, porque mi situación económica es desahogada. Escribir a este periódico para obtener mi dirección.

La ciudad de los Ángeles, California, 1915

Las llamas oscilaban cálidas y silenciosas en la chimenea. Belle necesitaba una ventana en la que descansar su mejilla. Piel fría, de un rojo ardiente, cubierta de rocío, serena y calurosa. El vello del labio, se pasó los dedos por la boca y escuchó el rugido de sus pulmones encharcados. Encendió un cigarrillo y volvió la mirada a la ciudad. El gigantesco roble ocupaba su lugar en el sol del atardecer, desplegaba sus largas, rugosas raíces por los cimientos. Se hundían en la tierra, se enredaban en la valla, se retorcían bajo la hierba. Las cuerdas de tender, entre las ramas, la ropa interior y las sábanas agitándose al viento, tan leves.

–Hay algo que nunca podré admitir –susurró–, cosas demasiado grandes –apenas podía respirar–, que pueden destrozarme. –Las palabras buscaban estrangular, Belle no sabía cuándo se produciría el estallido, pero iba a suceder. Una granada, un pulmón desgarrado, un epílogo de mil guerras, las lágrimas se deslizaban por su mejilla.

–Sois demasiados.

Sintió que se contraían los músculos de su abdomen, cómo penetraban en la oscuridad, uno a uno.

El sol crepuscular descendía, el labio superior rajado, inhalaba el humo profundamente; palabras débiles y un grito casi modesto llenaban su boca, entre humo y dientes acariciaban las encías, se abrían paso por los labios entreabiertos.

–Aquellos que aman con todo su ser nunca sobrevivirán al amor.

Las olas del Pacífico se deslizaban inquietas hacia la tierra, un brillo oscuro iluminaba y ascendía, su voz llenaba toda la estancia con una verdad enorme que impedía el paso a lo demás. Las palabras que se lanzaban contra la ventana, las minúsculas arrugas que rodeaban los ojos, las leves huellas en la piel apuntaban a todo lo acontecido, al rostro ajado del tiempo, a los problemas que se enroscaban en los pulmones. Belle lo sentía sin dudar ante el reflejo en el agua salada casi cegadora. –Sois demasiados.

Granja Rødde, 1876

La cabeza de Brynhild envuelta en la oscuridad, incrustada boca abajo en la almohada. Los colores se agolpaban y el corazón latía con fuerza, un nudo musculoso en plena puesta de sol, batiendo púrpura y encendido de calor. Frente a ella, todo lo que tendría que ver y sentir. Todas las experiencias que iba a vivir. Brynhild se deslizaba adelante y atrás, entre el sudor y los sueños, suspendida en la oscuridad mientras las babas goteaban de su boca entreabierta.

La cama crujió, tensó todos los músculos y levantó la cabeza hacia la ventana, ese movimiento mínimo se llevó todas sus fuerzas. Brynhild vio el cielo punteado de estrellas, llenó los pulmones de aire antes de hundirse de nuevo en el colchón. La luz tenue de las velas se diseminó por el cuarto, cubrió las paredes de sombras oscilantes. Brynhild vio el contorno de su cuerpo en la pared, a golpes y laminado, lo sentía sobre ella, el aliento en la nuca, la lengua que esbozaba nuevos trazos por el nacimiento del cabello.

Brynhild se había quitado la ropa con tanta prisa, 17 años, suave y acogedora, tan lista para salir al mundo, preparada desde el momento en que lo vio, cuando se puso a horcajadas sobre él.

–Sé que me deseas.

El ansia surgió de la nada, ardiente, repentina, las velas oscilaron en el alféizar, y en ese preciso instante flotaron suspendidos en el corazón de las llamas, ardientes y en volandas.

Esto era amor. Que nadie intentara contarle otra cosa. Dios estaba cerca y el dormitorio fue invadido por una negra luz

aceitosa. Una salsa espesa de origen humano se revolcaba por el colchón. Él, tan firme y brillante, el cuerpo hermoso carente de valor, no había duda, lo amaba. Vivía hasta los huesos el vacío en el estómago, los colores que se diluían solos, una sensación que daba paso a la siguiente sin ofrecer resistencia, ni principio ni fin, era una gran piscina de músculos sudorosos y transiciones deslizantes.

Brynhild se había deshecho la trenza y el cabello había inundado sus hombros. La había observado de tal modo –sentada sobre él con sus ojos azules en el rostro blanco como la leche, las mejillas sonrosadas como ciruelas y las pecas pálidas, el cabello castaño por todas partes– que había brotado como una flor oscura. La esperanza en dos ojos desconocidos, los colores en la paleta, toda la suavidad y la limpia inocencia tan al descubierto.

Esa noche el cielo se había derrumbado de veras sobre la casa, le cosquilleaba la piel y Brynhild había sentido las estrellas en los ojos, ardían y brillaban a su alrededor, tanta esperanza infinita podía albergar un cielo azul marino.

Un nuevo lienzo estaba listo y el negro y sucio sudor del amor había sembrado sus semillas. El joven y acomodado granjero de Selbu fue derecho a la buhardilla, a los labios entreabiertos, a su boca abierta. La cogió entre sus brazos, ella reposó en él, y él la sedujo con las dos manos. Un tacto fundente, una cadera oscilante, calor y piel, ella tomó y dio, impulso, golpe, pasó días allí tumbada, deshecha en la oscuridad. Así fue, elevada en nombre del amor, y Brynhild vibró sin descanso. Una brisa suave se deslizó entre las cortinas, *ya puedo morirme*, pensó Brynhild. Pero Brynhild no murió, respiró y jadeó como un perrillo mojado, ardiendo con el sol de la mañana dándole en la cara.

La joven Brynhild temblaba sobre la sábana, completamente sola, estaba tan lejos de casa –de mamá y papá, de las ovejas en lo alto de la ladera– lo sentía hasta los huesos, el tacto titubeante, la incertidumbre, lo que sus ojos habían vis-

to la noche anterior. Era un cuento de hadas rosa, una sábana empapada y suciedad en cien formas diferentes. Brynhild dibujó la silueta de las manchas con el dedo, los límites claramente definidos a la intensa luz de la mañana, se secó la mano pringosa en los muslos. Todo lo que había visto la noche anterior, aquello para lo que no había palabras, los ojos intensos posados en ella. Los rayos de sol hervían a través de la ventana y los pensamientos ocupaban el centro de su cabeza, los oídos pendientes del más mínimo movimiento, la línea de la vida tensa como una cuerda.

Mucha, mucha piel y una amplia sonrisa blanca, el Primogénito volvía, era tan cariñoso y estricto, tan fuerte y adicto a su propio deseo. Este hombre rubio que olía a tierra y cuero suave, con botas que crujían y rozaban los pies de la cama. Brynhild sentía en el cuerpo la bendición, el peso en la oscuridad, el reflejo dorado en el corazón, y transitaba de la suavidad a la dureza con tal premura que no se enteraba de lo que sucedía. El ambiente lúgubre al agotarse la luz del día, los puños que podían cerrarse de repente. Lo que cambiaba en cuanto dejaba de prestar atención unos instantes. Pequeñas negociaciones. Los colores tan cerca del iris. El calor infinito del cuerpo. Noche tras noche la cabeza presionaba la almohada. La boca abierta hasta que se desbordaba y tenía que tragar. Recorrida por sus contracciones como negros temblores nocturnos que inundaban la habitación.

Brynhild estaba hundida en el colchón. Tumbada bajo el gremio de agricultores, indefensa, totalmente desnuda, sin poder resistirse, la punta, fundiéndose en el extremo de la estancia, una pequeña mecha encendida asomada al mundo.

El cielo flotaba líquido sobre ellos, más y más fino cuanto más se acercaban a la mañana, con saliva y párpados entrecerrados, mientras las mariposas pululaban entre las espigas de trigo y los caballos corrían en círculos por los cercados, como si los cascos que golpeaban el suelo y la luz suave los infiltraran en la lógica de los sueños.

Brynhild se hundía aún más en el colchón mientras la luz se fundía entre las copas de los árboles y se asomaba por el alféizar de la ventana. Las horas etéreas desaparecían sin que se diera cuenta, el instante, los segundos, era imposible hacer la cuenta, la piel traicioneramente suave, no había resistencia alguna. El río sonaba a lo lejos y las moscas golpeaban los cristales. En algún lugar del patio, allá abajo, oyó las riendas crujir entre unos dedos mientras ajustaban las monturas a las cálidas barrigas de los caballos. Los días siempre empezaban así, por su cuenta, sudorosos y acalorados, con algún ruido en lo más profundo del paisaje. El sonido se hacía cada vez más intenso y, casi sin darse cuenta, era hora de que ella también se levantara para preparar el café y el desayuno de los señores. Brynhild lo hacía todo tan silenciosa, diecisiete años incandescentes, nadie podría saber lo que había hecho entrada la noche.

Limpió la encimera de la cocina lo más deprisa que pudo, barrió el suelo e hizo café, sacó las tazas y los platos y puso sobre la mesa salchichas, huevos, queso y pan. Un latigazo en el estómago. Henchida de este mundo fundente, caluroso. El agua de fregar ardió entre sus dedos, todo escurridizo, quemando la piel. Diecisiete años y una boca cálida, abierta en medio de la nada, diecisiete años en pleno pánico, Brynhild parpadeó, pero los colores se hundieron aún más en sus ojos. Cada célula del cuerpo le daba a él la bienvenida. No había duda alguna, desbordaba alegría y calidez, Brynhild se sentía casi borracha, allí, apoyada en la encimera de la cocina, con el pulso desbocado.

Miró hacia el jardín. Las mariposas titilaban despegando apenas del suelo. Siguió las alas con la mirada, intentó contar sus aleteos, pero centelleaban demasiado deprisa. El tiempo detrás de los ojos como un pesado latido. Todo se acumuló, capa sobre capa tras los ojos, las patitas delgadas taladrando hasta el iris. Era un caos. Brynhild tenía diecisiete años e iba con el rostro por delante, estaba abierta de par en par.

Estas noches y estas mañanas, el estado de transgresión, las horas azules y translúcidas. La luz del sol siempre bordeando, calentando su rostro antes de seguir camino a todos los detalles nimios, brutal cada vez que abría los ojos. Las braguitas mojadas en el suelo, la piel pálida de su antebrazo, la boca abierta de él, la resina brotando de los tablones de la pared. Casi resultaba grotesco. Permanecía inmóvil, este ansia profunda, la palma de la mano sobre el corazón. No entendía de dónde provenía. Todas las transiciones deslizantes, esa luz acuosa cada vez. El eterno reflejo en la luminosidad del atardecer. Brynhild empezaba a comprender, esta dureza y esta suavidad eran dos caras de la misma moneda, las sombras y el ansia iban de la mano, sólo tenía que ofrecer la otra mejilla y estar muy pendiente, encender luces cuando llegara la noche. La braguita mojada en el suelo ¿en qué se diferenciaba de un corazón ardiente? La vela hacía oscilar su llama, Brynhild lo sentía sin dudar, el corazón latía con tanta fuerza que casi no podía respirar, la oscuridad sólo era lo mismo que la luz, tan pecaminosa como limpia.

Los días se alzaban ante ella con un silencio amenazador. La creación de Dios en su plenitud, esa luz amarilla como la mantequilla, las sombras en el colchón, lacerando la mirada, esta vida goteante, el interior y el exterior de una existencia humana que se pegaba a sus dedos.

Se incorporó y miró fijamente por la ventana. El viento se llevó las nubes y las sombras se deslizaron sobre el colchón como un recordatorio, una amenaza por todo lo que había hecho la noche anterior. Como si golpeara la sábana con el dedo y dijera: –Mira.

Un compendio de todas las noches, de todos los movimientos que se habían abierto dentro de ella, sentía las contracciones en el cuerpo, cómo se corría, con todo su ser. El olor reciente escalaba hasta las fosas nasales, el esperma y el orgasmo seguían la estela del sol, la amplia sonrisa blanca. Directa al sol. Directa a Dios. Directa al ojo.

Brynhild esperaba en las entrañas del relato, de eso iba esto. Todo esto que se aplastaba a su alrededor, que lo complicaba tanto, todo lo que se sumaba, se sumaba a ella y al Primogénito y al colchón caliente, además de su cuerpo, además de luz y cielo, aire y tierra, llamas y cera. Además de lo que ella ya era y arrastraba. Cuántas veces había oído que debía saber cuál era su sitio, su lugar, que debía aceptar su destino. Pero había algo que de veras empujaba a Brynhild a avanzar y a retroceder a la vez, ella permanecía tan inmóvil como podía, pero se abría paso entre órganos y entrañas, lo que experimentaba en el centro del cerebro y lo que se aferraba a su cuerpo, entre el vaso del que bebía y el que servía a todos los demás. Era evidente, lo veía con sus propios ojos, lo que se interponía entre ella y el Primogénito, entre lo visible y lo invisible, entre el pobre y el rico, entre ese punto en que la piel era más gruesa y aquel en que era más fina, donde se volvía suave y escurridizo y casi irresistible. Se atascaba en los intersticios, se acumulaba en el nacimiento del cuello, se fundía en la piel y se trasladaba a una leve oscilación de las caderas, un movimiento sereno que impedía a Brynhild, por mucho que lo intentara, permanecer de pie del todo inmóvil.

Brynhild sentía el calor del banco de la iglesia irradiar por sus muslos, la luz amarilla y mantecosa le quemaba la garganta y cada noche rezaba cuanto podía. Lo sentía, lo veía en el espejo, la leve sombra bajo la barbilla al bajar la cabeza hacia el pecho, el espacio entre las palmas al entrelazar los dedos. Lo percibía más que nada en el rostro. Tenía tanto que dar, parecía que los ojos hubieran mirado hasta desbordarse y ya no distinguía, las sombras estaban por todas partes y el aliento no encontraba el camino de salida.

Hacía sus tareas con descuido, temblorosa, y se secaba en el delantal una y otra vez. Lo sentía, eso era todo, lo que acumulaba en las manos entrelazadas, oscilaba en su interior, la plegaria suplicante.

Brynhild era un arpa pequeña cuyas cuerdas vibraban todas a la vez. Los dedos pasaban por los labios siempre que

podían, su rostro menudo con forma de corazón era capaz de todo, como se vería, y la presión en la columna vertebral se expandía por el cuerpo. La enorme presión en su interior era demasiado intensa, no tenía ninguna opción, todo lo que intentaba resistirse se doblaba con una fuerza desmedida. Presionaba y se empantanaba. El cabello adherido a la piel, líneas dibujadas sobre los pómulos y las pecas blancas, el cráneo bello, fuerte y nítido, como si se hiciera notar en su cara, como si quisiera evidenciar su frágil estructura. Todo lo que podía albergar una vida. Los grandes ojos azules de Brynhild hundidos en las profundidades de sendas oquedades. Estaba tan pendiente de cada movimiento, se esforzaba tanto por no acabar a la defensiva, por no quedarse sola, pero en verdad a Brynhild el tiempo se le escapaba, en los sueños y en la realidad.

Diecisiete años y rebosante de hormonas. Sudor de hombre rico y la cabeza entera hundida en la almohada. Un acto suave arrodillada. Brynhild recibía y Brynhild lloraba –esto es lo que soy, esto es lo que tengo–, era una certeza que podía llenar cualquier corazoncito humano de manchas oscuras. Su rostro menudo intentaba de veras aferrarse. Procuraba repasar su vida, razonar sobre lo sucedido hasta ahora, pero todo estaba en la superficie de su mirada, y ella allí de pie, tan prudente, blanca como la leche y sonrosada como una niña pequeña, lágrimas vibrantes caían en su regazo, densas cual lluvia de verano. Brynhild se secaba febril en el delantal, pero las manos ya estaban heladas, siempre rojas y mojadas, y nunca faltaba ropa sucia que lavar.

Tanta vida le había sido otorgada, todo esto debía administrar, Brynhild estaba allí con su abertura, sus brazos, los sentimientos salvajes de la vida. Abandonada a su suerte. Fregaba los suelos e iba a por agua al pozo, pero por muchos manteles que planchara o gallinas que desplumara, esto iba mucho más allá de lo que alguien como ella podía permitirse hacer. Este ansia, este sudor amoroso que no cesaba de brotar y se adhería a todo lo que hacía, estas apestosas glándulas de la axila que

no dejaban de oler. Este anhelo, el cuerpo robusto con las fauces abiertas. ¿Cómo sobrevivir? ¿Al dolor y la felicidad, todo lo que iba de la mano? Restallaba bajo la lengua y se arremolinaba en el pecho, en estas manos frías como el hielo. Podía dejarse caer en cualquier momento. Tenía tanto miedo, miedo a estropearlo todo. La sola idea de que ya no se abriera paso, de que ya no se tumbara confiado en su cama, que no la abrazara, besara y achuchara para hacerla reír. Se quedaría sola, desnuda con una larga serie de instantes inútiles, en ese caso era mejor que fueran descubiertos y castigados por ello. Estos nervios, la inquietud incesante, los colores profundos, esta ridiculez que transcurría en su interior, los instintos, sentimientos y pensamientos, como bubones en el cuerpo, las imágenes torrenciales.

Brynhild estaba contenta y lloraba, era la paradoja con la que tenía que vivir. Los ojos como lagos profundos en mitad de la cara, dos sueños azul claro que se desbordaban y formaban delgadas estrías por las mejillas. Días insignificantes, en blanco, el rostro infeliz y cargado de pena ¿era este el futuro? La ternura crecía en Brynhild, una curva febril en ascenso, lo que tenía que soportar, lo que corría por su interior. Infame e íntimo, al borde del precipicio, oscilante, cada segundo transcurría al límite. Susurraba para sí, *Si Dios quiere*. Tenía que ser el amor de Dios, el más oscuro y cálido. Debía creerlo, la respiración atrapada en el pecho y el silencio paralizante agazapado en cada rincón.

Brynhild daba la bienvenida, siempre abría la puerta con una gran sonrisa, todo entraba a la velocidad de la luz. El Primogénito rodeaba su cuello con las manos y un rayo la atravesaba. –Tienes que arrodillarte –dijo él. Ella comprendió que no iban a rezar antes de irse a dormir. Su cuerpo era tan grande, no había piedad, los pensamientos iluminados de un rojo intenso.

Le contó lo que tenía intención de hacerle, se abrieron nuevos laberintos de jugo de ciruela y pulpa de fruta. Diecisiete

años en llamas. Los movimientos tan rápidos que se tornaban invisibles. Imposible estar pendiente. El Primogénito encontraba un millón de momentos mágicos en la recámara de la buhardilla. La eternidad de los instantes corría por su cuerpo como una galaxia recién descubierta. Era incapaz de articular palabra. Esta experiencia simple y desnuda, tan vulnerable, fuego sin llama, tan intensa. Grandes extensiones de piel, cada mañana, la vergüenza apestosa, el calor infinito en la epidermis, el miedo que atenazaba la garganta.

Brynhild no podía imaginar aquello sin sentir su mano, la gran palma abierta, plana. De palidez mortal y gigantesca. La sonrisa de Brynhild en el umbral y él, con la misma frecuencia, podía pedirle que estuviera callada, aunque no hubiera dicho nada, y sujetarla con tal fuerza que casi dolía, y cada vez, Brynhild pensaba, *este es el límite*. Pero otra vez resistía. Él la dejaba ir justo a tiempo, volvía a ser bueno y ella sentía que lo amaba aún más. Su corazón estaba tan alterado. Se acariciaba los labios con los dedos, nada soportaría la luz del día, había alcanzado una dimensión desproporcionada, el Primogénito agarraba y la luz desaparecía con un estallido, llegaba al borde del precipicio mientras el sudor brillaba ante sus ojos. Peligro de muerte. El Primogénito le sujetaba la cabeza entre las manos.

–Eres la más hermosa que he conocido.

Miraba fijamente las profundas lagunas del centro de su rostro, Brynhild sentía que él se hundía hasta el fondo, cuán lejos quería ir, con cuánta fuerza tenía ella que resistirse. Las lágrimas se deslizaban silenciosas por sus mejillas.

–Oh, pequeña Brynhild, ¿qué te pasa?

La acercaba a su cuerpo y la abrazaba con la fuerza de la que era capaz ahora que se había ablandado tanto.

La Brynhild melancólica emocionaba al Primogénito, lo percibía. Había algo en ella que sabía describir, algo transparente, quería llegar al fondo. Ella lo veía tan claro, él quería penetrar tanto como pudiera.

–Esta soy yo, esto es todo lo que tengo –había dicho ella, pero el Primogénito la había interrumpido, la mano de palidez mortal le acarició la mejilla, no lo controlaba en modo alguno.

–La pequeña gran B.

Lo veía en él, no había duda, era a la vez amoroso, duro e implacable. Profundizaba, desaparecía; el gran cuerpo se hundía en ella, se extraviaba por completo. La pequeña gran B levitaba, del todo ausente, fosforescente de amor, la hora azul, la nada flotante. Esto era amor, lo más puro. Era una con la creación. Brynhild había abierto su corazón, lo había llevado al límite.

La piel tostada por el sol, los brazos fuertes, su amplio pecho velludo, conocía sus movimientos casi de memoria, cada nimia contracción que recorría el cuerpo; iba a dejarla en absoluta soledad, lo veía. El silencio y la oscilación leve, la completa inseguridad de la situación. Las nubes bajas sobre las colinas, como si quisieran contarle que algo había salido mal, que algo había cambiado de dirección. El amor tenía raíces profundas, era evidente, se aferraba desde hacía tiempo. Tan transparente y brillante en la lengua. Se quedó tumbada, sintiendo. Subió el edredón hasta la barbilla, sólo quería dejar que el sueño grande y pesado la arrastrara, hasta la próxima oportunidad, hacia la pálida y pegajosa luz del día. Brynhild cerró los ojos con tanta fuerza como pudo. Se había hecho imposible, el precipicio se levantaba ante ella, cálido y dorado tras los párpados. El tiempo se había aferrado a su ser, crecía con dedos en las manos y en los pies, cerebro y vísceras. Brynhild estaba encinta. No había salvación.

Un grito reprimido le corneó el vientre, la lucecita de su interior que se haría cada vez más grande, hasta que encontrara el camino de salida por su cuenta, esto era visible, duro y horrendo. Llegaría con uñas, sangre y cartílago. Brynhild intentaba respirar, pensar y vestirse a la vez. El sabor de la boca dentro de la suya crecía y crecía, la piel de calor infinito, un niño, nada podía aproximarse más. Lo sentía en todo su ser, el

cuerpo gigantesco de él, un nuevo rumbo trazado. Sentada al borde de la cama, empapada de miedo. Alisó el tejido de lana de la falda, se recogió un mechón de cabello con una horquilla. Su rostro perfectamente suave al pensar en esa semilla del Primogénito sembrada. Pequeñas explosiones que ascendían hasta la clavícula, el vacío en el estómago. Casi no podía respirar. Esto era el amor. Obra de Dios. Brynhild observaba la hondonada en el colchón, la sábana caliente, su huella, la leve sombra. Las estrellas se deslizaban por ambos brazos, su pequeña serpiente fosforescente enroscándose allá dentro, lo más puro que podía haber entre un hombre y una mujer. Las náuseas la llenaban hasta desbordarse, el leve movimiento oscilante entre lo visible y lo invisible.

Brynhild observaba desde su cuarto la casa principal, se colocaba muy al fondo para que él no pudiera verla si cruzara el patio. Algo pasaba con la transparencia de todo aquello, la brutalidad de la empalagosa luz primaveral, el secreto que cargaba. Vio su reflejo en la ventana, había ido tan dentro, había ido a buscar lo más profundo y no se había rendido hasta que dio con ello. Había sido tan fácil rendirse, la luz amarilla, mantecosa se había acumulado como grasa en su cuello, el sabor la había dejado ciega y había sido más agradable, más que doloroso. Brynhild cerró los ojos y allí estaba él, nítido como la luz del día tras los párpados. Llevaba algo dentro que nadie más podía ver y el golpe redundaría en su perjuicio con doble fuerza. La presión del silencio, la sangre agolpada en las mejillas, las cejas fruncidas como una fuerza aplicada al resto del rostro pálido. Brynhild se apartó unos centímetros de la ventana de la buhardilla para evitar contemplar su propio rostro espantoso.

Brynhild, de pie entre la cómoda y la cama, secándose el incordio que corría por las mejillas. Pronto tendría que revelarlo, plantarse ante él con los brazos separados del cuerpo y contarle que lo amaba, que iba a dar continuidad a su estirpe. A Brynhild le temblaban las manos. Cada hora que pasaba ante la encimera de la cocina sirviendo el desayuno a los seño-

res, cada segundo con los dedos en mantequilla, jamón y pan seco. Brynhild contenía la respiración, el cuerpo tan frío y las articulaciones rígidas, estaba mareada. Cada noche entrelazaba las manos. El pánico se aferraba al corazón, cada hora se hacía más y más larga.

–Por favor, Dios.

Brynhild flotaba en algún lugar de lo más profundo de su ser, en el límite de la supervivencia.

Brynhild no sabía qué sentiría siendo ella misma. ¿Quién sería ella si no tuviera esperanzas de algo mejor? Recogía florecillas y las dejaba debajo de la almohada, intentaba agarrarse a la belleza, a lo suave e impredecible, a las sutiles acrobacias de la vida. Dejó que el aire frío de la mañana invadiera la alcoba y ventiló el olor del propio cuerpo boquiabierto. Las náuseas ascendían, tener tanto miedo de algo tan natural, colocó la mano de palidez cadavérica sobre la barriga, *si no puedo tener esto, ¿qué puedo tener?* El viento atravesó los árboles con absoluta suavidad.

–Si Dios quiere.

Cómo tener tanto miedo de la creación.

Había algo en los movimientos más sencillos, en cómo la pequeña gran B, poco a poco se transformaba en otra, cómo se acariciaba la tripa, cómo cambiaba el peso del cuerpo de un lado a otro, cómo tenía que agarrarse al respaldo de la silla al ponerse de pie. Casi se había acostumbrado, el nuevo giro invisible del cuerpo, la leve curva de la barriga, las manos torpes. Sentada cada noche a la escucha de lo externo, pendiente de un brillo, una silueta, las dimensiones de esta historia. Lo que maniobraba a la velocidad del rayo, escapaba a su control, se desplomaba tan rápido por el límite. Los detalles, cuándo estaba él y cuándo no, eso que se agazapaba alrededor de su boca, los movimientos de un depredador; Brynhild esperaba paciente en la alcoba, con las manos sobre la tripa, escuchando con la espalda. Los caballos que pisoteaban inquietos mientras los liberaban de la silla. El cielo allá fuera, tan grande, fundiéndo-

se como un retal blando de seda azul oscura, demasiado suave y del todo insoportable.

–Por favor, Dios. –Se llevó la mano con cuidado al ombligo y separó los dedos, toda una pequeña herencia universal, su mano pegada a la tela del vestido–. Todo esto es mío. Señor –enredó los dedos en el delantal de trabajo–. Ten piedad de mí.

Brynhild hundió la barriga en el colchón, pero no se aplanó. La mandíbula crujió, las mejillas candentes y sudorosas en la oscuridad. Sólo había ido con él y todo se había detenido y había cambiado a la vez, lo que fue y lo que iba a ser. Era como pisar lodo. La historia había retrocedido, sintió la presión en el pecho, el olor de la cabecita del niño, la suma de todo, la fuerza sagrada, todos los movimientos resumidos en uno. El fuego en las caderas, el suave mecer.

–Señor, ten piedad de mí.

El relato se iba cerrando a su alrededor, las entrañas cada vez tenían menos espacio. La ternura y el niño se arqueaban en un dolor lento, desesperado, la serpiente luminosa, voraz, el leve calor húmedo en el bajo vientre y poco después el pánico que se arrastra entre los omóplatos.

El miedo y el amor ocupaban el paisaje como líneas latientes, bailaban en la blanca niebla matinal cual manchas solares muy próximas al ojo. Los pájaros formaban bandadas y la sobrevolaban en el cielo. Grandes y asustados planeaban dibujando un arco y desaparecían en el interior de las nubes bajas.

Era difícil respirar, los labios gruesos, la boca grande, el hilo de saliva con el que se despertaba cada mañana. Todo lo que ya no aguantaba casi nada. Rosa y blanco como la leche. Pinchazos ante los ojos, en el interior de las orejas, tenía que sobrellevarlo. Le escocía la boca y le quemaban las yemas de los dedos. Lo sabía todo, le daba forma a su boca a diario, la obligaba a abrirla y la preparaba para lo que estaba por venir, la mirada clavada en el suelo, el grito en la nuca. El rezo en el banco de la iglesia. Un solo movimiento seguía su camino, los ojos asomaban para pegarse al entorno, las reglas le llenaban

el gaznate. Brynhild apretaba los labios, pero se desbordaba por las comisuras, ¿era un castigo? ¿No había mostrado el debido respeto? Ascendía como llamaradas por la garganta. ¿Qué dignidad había en esto? La barriga se hinchaba, latiendo desde el interior.

–Por favor –Brynhild se dio un golpe en la boca, se obligó a cerrar los labios–. ¿Qué clase de persona eres?

Los ojos brillaban en el espejo. Nadie había pedido esta intimidad. Ella se había limitado a seguirlo y él la había conducido al borde del precipicio con ambas manos. No había vuelta atrás.

Llegó la fiesta, Brynhild la había esperado con tanta ilusión, abriría los brazos y lo invitaría a pasar en un movimiento sencillo, con un bonito vestido de color claro y todo lo demás. Diecisiete años y el corazón latiendo en la garganta. Brynhild era tan suave. Todo estaba preparado, bien doblado, recogido en el pecho. La luz del atardecer se enredaba en su cabello y el temblor del interior de su cabeza le hacía cosquillas tras los ojos, por el tabique nasal. Lo que alguna vez se había abierto paso en ella, en su corazón, se manifestaba a la vez, allí de pie, sus vivencias brillaban en mitad del rostro.

Era tan hermosa en esa noche de verano, plena hasta el paroxismo, como si nunca hubiera hecho otra cosa, y allí, en ese preciso momento, era la suma de todo, la más limpia de todos ellos, no quedaba en ella un pensamiento impuro. Miró al Primogénito y sintió un prolongado suspiro recorrer su cuerpo. La gran atracción. Lo miró con ojos esperanzados. El Primogénito de los grandes rizos rubios y las botas que crujían, con manos que siempre sabían adónde ir. Se aproximó un paso, la saliva caliente se deslizó por sus encías y se inclinó despacio hacia ella con la boca grande y suave. El Primogénito rio y la pequeña gran B contuvo la respiración. Cerró los ojos, se balanceó sobre las plantas de los pies, buscó el borde de la lengua, el límite grasiento, pequeño y brillante. Pinchazos en todo el rostro:

–Abre tu corazón –susurró–, sé bueno.

Él respiró pesadamente en su oreja.

–La pequeña gran B.

La atravesó con la mirada, se prendió de las copas de los árboles. El viento avisaba, pero ella sólo oyó el zumbido entre las ramas. No hubo contacto alguno, él estaba ausente. La inquietud subió arrastrándose por su cuello, notó el aliento cargado de alcohol, heredero, rico y vehemente. En verdad dependía por completo de su propio deseo. Observó los dos botones desabrochados de la camisa, su ansia era evidente, asomaba, blanca como la leche y rosada, mientras los ojos de él nadaban en alcohol. La pequeña gran B se armó de valor y mostró lo que había estado tanto tiempo en la oscuridad. Su voz temblaba cuando las palabras pasaron por sus labios.

–Espero un hijo.

El corazón bombeaba como en una pesadilla, lo sentía con absoluta claridad, *después de esto no hay nada*.

El Primogénito la observó un rato, como ausente, hasta que volvió el cuerpo hacia ella. No tenía que ser así, oyó el aleteo de las aves, el miedo mortal en el silencio abandonado. Sólo manchas negras en la mirada, del todo plana, distante. El movimiento torcido, la franja de luz, la profundidad de ambos, no podía retirar esas palabras. La distancia era la justa, él se había puesto en tensión de los abdominales al hombro, del muslo hacia abajo. Tomó impulso y agotó sus fuerzas en un solo movimiento. Era transparente, el terrible momento ambiguo antes de que el cuerpo impactara en el suelo. El pie acertó en la barriga, la bota de piel se clavó donde debía. Allí, en ese instante, el mundo se tambaleó, un rayo la atravesó como si nunca hubiera existido.

La oscuridad se desplegó como una gota de tinta en un vaso de agua, se extendió sin hacer ruido y la llenó hasta el borde de los párpados, hasta que no quedó un solo pensamiento. El Primogénito se marchó, la dejó allí tirada con sabor a tierra en la boca. Brynhild, tan cálida, tan buena y sola que el Primogénito

se había arriesgado, o lo soportaba o no lo soportaba, qué podía saber él. Había penetrado hasta donde era posible, ya no había más que rascar, un instante en silencio y la había hecho pedazos. La brisa veraniega se deslizó entre los abedules y acarició cálida su rostro, presionó su nuca contra la tierra mientras susurraba con suavidad y delicadeza *ya puedes morir*.

El llanto llenó cada resquicio de su interior, la mudez cada pliegue. Pero Brynhild no estaba muerta, oía el zumbido del río, sentía las marcas de la gravilla en la mejilla. Había perdido la sensibilidad en brazos y piernas. Él se había aproximado por completo, implacable, había cogido lo que quería. No fue capaz de ponerse de pie, se quedó tirada con su desgarro, descubierta hasta el hueso. Una dolorosa escena en hinojos. El grito silencioso alrededor, el rostro cambiado, la manera en que intentaba volver a encontrarse. Un movimiento moribundo, una mueca en permanente tensión. La luna asomó entre los árboles, penetró entre ellos hasta el lugar donde ella yacía con restos de sudor del hombre rico entre las manos, donde el reflejo de la palidez cadavérica de una vida había empezado y terminado en el mismo segundo. La pequeña gran B, tirada en el atardecer, con la luz de la luna en el rostro, las horas azules colándose como gruesas venas visibles bajo la piel. El viento cálido que había hecho hervir su sangre ahora estaba colgado de las copas de los árboles y la observaba desde arriba, con calma.